
EL ABAD ISIDORO, SACERDOTE Y SOLITARIO ¹

El abad Isidoro tuvo la gloria de ser relegado á una isla de Egipto con los dos santos Macarios y San Pambon por la defensa de la divinidad de Jesucristo. Era del número de aquellos á los cuales se califica con el título de discípulos de San Antonio, hombres célebres cuya conversacion estaba más con los angeles que con los hombres, jefes de los solitarios y lumbreras de los desiertos. San Jerónimo le coloca entre los más ilustres Padres del desierto de Nitria. Kué de los que pronunciaron la terrible sentencia que referimos contra un monge en cuyo poder se encontró una suma de dinero despues de su muerte. Pasó en seguida al desierto de Sceté cuya principal iglesia sirvió,

Aplicóse desde los primeros años de su alistamiento en la vida monástica, á guardar su celda, y á adquirir el santo hábito de tener su espíritu unido á Dios por la oracion. No se fijaba en rezar un cierto número de salmos, sino que podia decirse de él que no hacia otra cosa de dia y de noche. Esto no impedia que trabajase tambien mucho con las manos: de modo que juntaba la oracion al trabajo y santificaba su trabajo con la oracion.

Jamás se debilitó en este ejercicio y aun cuando fué de avanzada edad, no cesó tampoco de trabajar aun cuando llegase la noche. Los hermanos le suplicaron algunas veces que tuviese algun miramiento á su salud, y tomase un poco de reposo; pero el les respondia: « Despues de lo

¹ San Geronimo, Casiano, Tillemont, Cotelier.

que Jesucristo hizo al venir al mundo, aun cuando se quemase á Isidoro y se echasen al viento sus cenizas, no habria cumplido todavia con el reconocimiento que debe á un tan buen Señor. »

San Pœmen, que constaba esto de él, añadia que el demonio le tentaba ya de vanidad ya de desaliento. Poniale algunas veces en el espíritu este pensamiento: « Tu eres de seguro un grande hombre: Y entonces se decia á sí mismo: « ¿ Soy yo comparable al abad Antonio? Quisiera Dios que yo fuese al menos como el abad Pambon y los demás Padres de la soledad que han tenido la dicha de ser agradables á Dios por su piedad. » Esta humilde reflexion disipaba al instante la tentacion y devolvía la calma á su alma. Otras veces el demonio, para desanimarle, le daba á entender que despues de haber trabajado mucho, no por esto seria menos perdido en la otra vida; pero él le rechazó, diciéndole: « Aun cuando tuviese la desgracia de caer en el infierno, allí estaras tú sin embargo bajo mis pies. »

Habia tomado desde el principio gran cuidado en ahogar en su corazon los primeros sentimientos de cólera ó de impaciencia; y se hace notar que durante cuarenta años habia experimentado bien algunas veces los movimientos de la concupiscencia y las sugeriones del pecado, pero que por la gracia del Señor jamás habia consentido en ningun deseo de la carne ni en ningun sentimiento de cólera. Estaba tan atento en evitar la ocasion, que habiendo ido un dia al mercado para vender las cestas que habia hecho, como sintiese que se levantaba en su corazon algun movimiento de cólera, dejó sus cestas en la plaza y se retiró.

Confesó á algunos hermanos que por el cuidado que habia tenido en reprimir esta pasion desde que era monge, Dios le habia hecho tan temible á los espíritus malignos

En efecto, le temian tanto que cuando le llevaban posesos para que les libertara con sus oraciones, se encontraban curados aun antes de que hubiesen tocado el umbral de su puerta.

Por medio de esta santa violencia habia adquirido una dulzura tan grande que los mas vehementes espíritus no podian resistirle: y cuando habia en un monasterio ó al lado de algun anciano, algun hermano que fuese flojo, aragan, indócil ó querrelloso, hasta decir injurias, y que por esto se le queria despedir, decia que se lo llevasen a él y lo hacia tan bien con su dulzura y paciencia, que finalmente le curaba de sus defectos.

Tuvo la dicha de hacer salir á un buen viejo, llamado Serapion, del error de los antropomorfitas en el que habia caido por ignorancia, lo cual salió además muy bien para otros hermanos á quienes detenia en él el ejemplo de aquel viejo.

Los solitarios se dirigian á él en sus diferentes tentaciones y dificultades, no solamente á causa de su dignidad de sacerdote, sino tambien por su gran esperiencia en las cosas espirituales, por el poder que Dios le habia dado contra los demonios, y por la eminencia de su piedad. En la vida del abad Moisés veremos de cuánta utilidad le fueron sus consejos en las violentas tentaciones de que era agitado, y cómo fué por último librado de ellas por sus oraciones. Paladio, que lo refiere, no le dá otro nombre que el de gran Isidoro.

Sabia sin embargo hablar con fuerza cuando juzgaba que esto era necesario para animar el fervor de los solitarios. « ¿ No hemos venido nosotros á este lugar, hermanos míos, les decia cierto dia, para sufrir en él trabajos y penas? Sin embargo nada sufrimos. Si esto debe continuar asi, tomaré mi piel de carnero y buscaré un lugar en donde tenga algo que sufrir para aprovechamiento de mi alma.

He ahí todavia algunos consejos que les daba: La prudencia de los santos, decia, consiste en conocer la voluntad de Dios; porque estando hecho el hombre á imájen y semejanza de Dios, se pone por encima de todo por su sumision y su obediencia á aquella divina voluntad. Por el contrario, la más peligrosa de todas las tentaciones es seguir sus pensamientos y su corazon con preferencia á lo que Dios ha ordenado. La mala satisfaccion que en esto se encuentra, pronto se cambia en tristeza, y se tiene el pesar de haber ignorado el verdadero bien, y haberse alejado del camino de los santos por el que se debia andar. Trabajemos pues ahora que es tiempo; no nos perdonemos á nosotros mismos, puesto que sufriendo es como obramos nuestra salvacion, segun aquella palabra de Jesucristo: Con vuestra paciencia poseereis vuestra alma (2. 19.) »

Recomendaba tambien mucho la mortificacion y el desapego de los bienes del mundo. « Si deseais, dijo a un solitario, poseer el reino de los cielos, despreciad las riquezas de la tierra y tendreis las divinas recompensas; porque no puede aliarse la fidelidad de Dios con el amor de los bienes y de los placeres terrenales. — Si quereis llegar á la salvacion, decias además, practicad las obras que á ella os conducen. Cuando ayunais, guardaos de sacar de ello un motivo de vanidad; y si os apercibis de que esta variedad triunfa en vuestro corazon sobre la pureza de intencion que debéis tener ayunando, no ayuneis y romped la abstinencia. Vale más comer carne (cuando esto por otra parte no está prohibido por el precepto), que ser vano y orgulloso.

Un hermano fué á pedirle consejo con ocasion de pensamientos contra la pureza, y él le respondió: « No hay que admirarse que estos pensamientos vengan algunas veces á ocupar y turbar nuestra imaginacion. Todo está en que si ellos nos causan alguna pena en el camino de la virtud, no triunfen de nosotros arrancándonos un funesto

consentimiento. Lo que en este caso debe hacer un hombre sabio, es procurar apartar de él estos pensamientos y recurrir pronto á la oracion. »

« Convendria ser semejante á las bestias, decia él otra vez á este mismo proposito, para no tener pensamientos. Pero como el enemigo de nuestra alma hace por su parte lo que es propio de su malicia, solicitándonos al mal con sus sugerencias, es necesario que de nuestra parte hagamos lo que debemos. Recurramos á la oracion, y el enemigo se retirará. Pensando en Dios se obtiene la victoria.

Las perseverancia es el bien en causa de nuestro triunfo. Combatamos y seremos coronados. »

Él daba este excelente consejo á los solitarios jóvenes : « Amad á los que están encargados de vuestra direccion como vuestros padres, y temedles como á vuestros maestros ; de suerte que el amor no degenera en familiaridad y no extinga el temor, y que el temor á su vez no ahogue en vuestra alma los sentimientos de amor que debeis tener para con ellos. »

Miraba como un vicio capital en un solitario el beber vino con demasiada facilidad, y decia frecuentemente á los hermanos : « Guardaos de no dejaros jamás llevar de esta falta tan vergonzosa ; porque pronto caeriais en la incontinencia, como le sucedió a Lot, cuya historia no ignorais. »

Guardaba cuanto podia el retiro diciendo que en esto imitaba á los animales salvajes, los cuales encuentran su seguridad en sus cuevas ; y no lo hacia solamente por su propia utilidad sino tambien para inspirarlo con su ejemplo á los demás solitarios.

Un dia hubo uno que fué á convidarle á comer ; pero él se escusó diciendo : « Habiendo querido Adan comer del fruto que le estaba prohibido, fué arrojado del paraiso terrenal. » — « Pero, le contestó el hermano, ¿ temeis vos

mucho el salir de vuestra celda ? — « Si, hijo mio, le respondió el viejo, ciertamente que lo temo ; porque está escrito que el demonio es *como un leon rugiente que no busca más que una presa á la cual devorar.* » (I Pet., v. 82).

Puede juzgarse cuán mortificado era en sus sentidos por el siguiente hecho de su vida. Habiendo sido hecho Teófilo obispo de Alejandria, fué á visitarle á su vuelta. Los solitarios de Scete le pidieron noticias de la ciudad ; pero él les respondió que solo habia visto al patriarca. « ¿ Cómo, Padre mio, le replicaron ? ¿ ha sido pues arruinada aquella gran ciudad ? » — « No es esto, les respondió, sino que he pensado que debia recatar mis ojos ; asi es que no he visto absolutamente á nadie más que al prelado. Quedaron llenos de admiracion por su mortificacion y por ahí aprendieron á no dejarse llevar inconsideradamente de la curiosidad, y á llevar sus ojos con la modestia religiosa.

Teófilo fué hecho Obispo en 385, y se cree que el abad Isidoro murió pocos años despues, puesto que Paladio, que habla de él con ocasion del abad Moisés, no dice que le hubiese visto en Sceté, á donde fué en 391. Esta es la conjetura de Tillemont, que cree tambien que él es al que todos los Martirologios juntan con San Macario el quince de Enero, aun cuando algunos los refieren á otros del mismo nombre y del mismo tiempo, y que eran igualmente célebres.

PAFNUCIO CÉFALO¹

Digimos en otra parte que el nombre de Pafnucio fué

¹ Paladio Cotelier, Tillemont.

muy comun en Egipto. Paladio habla de un solitario de este nombre, que nosotros colocamos en Nitria y Sceté, aun cuando se haya alguna vez encontrado con otros en el desierto de las Celdas y en el de Sceté. Tillemont parece dudar si fué el mismo que Pafnucio, por sobrenombre Búbalo; pero parece por las Actas de este, que solo tuvieron comun el nombre.

Pafnucio Céfalo ocupó un rango distinguido entre los ancianos de Nitria y de Sceté. Se le vé al nivel de los célebres Macarios y del gran Serapion, y juntamente con ellos compuso una regla para los solitarios, que se encuentra en la Releccion de San Benito de Aniano. Fué contemporaneo de San Antonio, y estaba ya entonces muy adelantado en la piedad y esclarecido en las cosas espirituales. Vimos en la vida de este santo que, habiendo un solitario hecho alguna falta en su monasterio, sus cofrades fueron á reprochársela demasiado ágricamente delante de él. Pafnucio, que se hallaba presente, juzgó por el calor de su zelo que se excedian en la correccion, y les hizo comprender por una parábola, que eran más á proposito para llevar al culpable á la desesperacion que para levantarle de su falta; sobre lo cual San Antonio mirándole, dijo: « He ahí un hombre que juzga de las cosas segun la verdad y que es capaz de salvar las almas. »

Paladio hace su elogio en los siguientes términos: « Era un hombre admirable y á quien Dios por una gracia particular habia dado hasta tal punto la inteligencia de las sagradas Escrituras, que aun cuando jamás las hubiese leído, no habia cosa alguna en el Antiguo ó el Nuevo testamento, cuya esplicacion no diese; pero era tan modesto que ocultaba cuanto podia este don de inteligencia y de profecia con que le favorecia Dios: y dícese que, por espacio de ochenta años enteros, jamás tuvo dos túnicas al mismo tiempo. »

Fué del número de aquellos á quienes el emperador Valente, fautor del arrianismo, relegó por la confesion de la divinidad de Jesucristo, á Diocesarea en Palestina¹. Entre los santos padres á quienes Melania la vieja encontró en Nitria cuando fué á visitar aquel desierto, fué tambien él uno de los principales á quienes vió².

El abad Matoes contaba de él que tres ancianos le fueron á pedir un dia alguna palabra de edificacion y que les dijo: « Amad el trabajo y la pena más que el reposo; la humillacion más que la gloria; y gustad más de dar que de recibir. » Paladio dice tambien que habiéndose encontrado él, Evagrio y Albino en casa de Crono, en donde se encontraron Pafnucio y Santiago el cojo, les suplicaron que les dijese cuáles eran las causas de la caida de los solitarios,

¹ Esta ciudad, en la que nacieron Joaquin y Ana padre y madre de la santísima vírgen, se llamaba Seforis: y recibió de Herodes Antipas el nombre de Diocesarea. Estaba situada entre Nazaret y Caná, y fué la capital de la Judea. Fué saqueada por los romanos en 353, levantada en tiempo de las Cruzadas, y despues arruinada por Saladino. Hoy dia es un pueblecito de algunos centenares de habitantes. Llámase Safouri ó Sefouri.

² Ya hemos nombrado á esta muger ilustre á la que muchos diccionarios de biografía é historia designan como santa pero á la que la Iglesia no ha canonizado. Melania la vieja fué una de las mugeres más notables de los primeros siglos cristianos. Hija ó nieta del consul Marcelino y emparentada con San Felix de Vela, quedó viuda á los veintitrés años y llevó desde entonces una vida severa y ascética. Visitó á los religiosos del desierto y les dió abundantes limosnas cuando los monasterios fueron saqueados por los arrianos; fuése despues á Jerusalem é hizo edificar allí un convento en el que vivió veniticinco años con las religiosas que en él habia reunido. Volvió á Roma en donde fué recibida con pompa y veneración y despues volvió á Jerusalem en donde murió hacia el año 408. No estuvo ella completamente exenta de la sospecha de haber mostrado inclinacion á los errores de Orígenes; pero apenas hubo hablado el Papa, se sometió. Las elabanzas que le tributan San Agustin y San Paulino hacen ver bastantemente que ella terminó su noble vida en los sentimientos mas ortodoxos.

Santa Melania, á quien se llama tambien Melania *la Joven*, era hija de Urbano, hijo único de Melania *la Vieja*.

algunos de los cuales se habian dejado engañar por el demonio, y habian caido en grandes pecados; y que aquellos tres santos personajes, pero particularmente Pafnucio, que era un hombre muy esclarecido, les hicieron à este propósito un largo discurso que él trae, y cuyo extracto es el siguiente:

« Todas las cosas que suceden vienen ó por voluntad de Dios ó por permiso suyo. Las que precipitan á los hombres á la desgracia, suceden por su permiso. Ahora bien, este permiso es una consecuencia de su mala conducta ó de su infidelidad. Asi como aquel que vive en la piedad, y no tiene más que buenos pensamientos no cae en malas acciones ni se deja engañar por el demonio, de la misma manera vemos caer en esta desgracia á los que parece que obrarán la virtud por malos fines, como son, agradar á los hombres ó satisfacerse á sí mismos, con pensamientos de vanidad; y esto lo permite Dios asi por su propia utilidad, á fin de que conociendo por ahí su miseria, cambien sus intenciones ó sus acciones y se corrijan.

« Hay en la mayor parte de las almas algunas cualidades particulares y notables, como en unas la bondad del espíritu, y en otras una cierta disposicion para ejercitarse en la virtud. Pero cuando en lo que se hace no se tiene el buen designio de hacerlo bien, los que obran de tal manera no refieren á Dios lo que hacen, sino que lo atribuyen á su libre arbitrio, á su suficiencia y á su espíritu, Dios permite que caigan en vicios humillantes y viéndose en este estado, la confusion que de ello tienen les sirve de algun modo de auxilio, y hace que insensiblemente proscriban de su corazon la desdichada vanidad que habian concebido de aquella falsa virtud que parecia haber en ellos. Así que no confiando más en sí mismos, sino en solo Dios de cuya liberalidad proceden generalmente todos los bienes, confiesan no tenerlos sino de su pura bondad.

« Cuando un hombre se hincha de orgullo, cuando saca vanidad de su buen espíritu y en lugar de atribuirlo á Dios lo atribuye ó á su natural, ó á su trabajo, entonces Dios le retira el ángel de su Providencia, que preside esta clase de gracias, por el retiro del cual el que asi se hinchaba por la bondad de su espíritu, siendo facilmente dominado por el demonio cae por su presuncion en el desarreglo, de donde sucede que aquella templanza y aquella virtud, que antes aparecian en él, y que daban peso y autoridad á sus discursos, cesando, ya no se les dá más fé y todas las personas de bien evitan escuchar la doctrina de semejantes bocas, como viniendo de una fuente envenenada, segun lo que se dice en la Escritura: *El Señor dijo al pecador: ¿Porqué cuentas tu mis juicios, y tienes el atrevimiento de proferir con tus labios impuros las palabras de mi alianza?* (Psal. 4)

« Por esto David pide á Dios que le dé tres cosas: La bondad, la conducta y el conocimiento: porque el conocimiento es inutil sin la bondad, y si el que ha caido en las faltas que he dicho, se corrije de su orgullo y abraza la humildad aprendiendo á conocerse, no prefiriéndose ya á nadie y dando gracias á Dios, entra en aquel feliz conocimiento que está apoyado en el testimonio de las buenas obras. »

Pafnucio mostraba con este discurso que las caidas de la mayor parte de los solitarios que habian incurrido en grandes faltas, procedian de su secreto orgullo, de una vana presuncion en sus trabajos y austeridades, ó en las virtudes que habian adquirido apropiándose las por un rodeo del amor propio, en vez de atribuir las á la gracia de Dios y darle á él toda la gloria de las mismas; y que para confundir su vanidad, permitia su caida, uzando todavia sin embargo en esto de misericordia para con ellos, puesto que humillados así por la vergüenza de sus faltas, abrian los

ojos sobre su propia flaqueza y entraban en los caminos seguros de la humildad cristiana y de la penitencia, y no se atrevían más á atribuirse por una loca presuncion, lo que solo tenían de la liberal bondad de Dios.

Pafnucio y los que con él estaban, les dijeron tambien á Paladio, Evagrio y Albino: « Cuando veais á un hombre que, siendo desarreglado en sus costumbres, es elocuente y persuasivo, acordaos del discurso que la Sagrada Escritura vios refiere que tuvo el demonio con Jesucristo, y de lo que se dice en el Génesis: *La serpiente era el más prudente de todas los animales de la tierra*, y su prudencia sin embargo no le acarréo más que perjuicio, á cauza de que esta no iba acompañada de las demas virtudes, porque el que es bueno y fiel, debe tener en el alma sentimientos conformes á la voluntad de Dios, y hablar segun lo que cree, y obrar segun lo que habla; puesto que si sus acciones no concuerdan con sus palabras, serán semejantes, como nos lo enseña él, á pan sin sal que no se come, ó que incomoda cuando se come. Y ¿ cómo se podria encontrar algun gusto en discursos vanos é inútiles, que no van acompañados del testimonio delas buenas obras? »

Estas palabras del gran Pafnucio pueden servir de leccion á los que hablan bien de la virtud á los demás, sin tomarse mucha pena de practicarla, y que predicando el Evangelio, lo combaten con sus costumbres. Ellas nos defienden tambien contrá la artificiosa elocuencia de los hereges á quienes el demonio presta su espíritu para seducir más facilmente á los pueblos.

Hay en la *Recoleccion de las Vidas de los Padres* algunos rasgos de historia que se atribuyen á un Pafnucio sin decir si es este del cual acabamos de hablar ó Pafnucio Búbalo de Sceté. Dicese de él que encontrándose en la campiña con unos ladrones que bebían, su jefe, que le reconoció y sabia que no uzaba vino, llenó con él un gran vaso y

presentándosele con una mano, tenía en la otra un puñal con el que le amenazó traspasarle, si no bebía aquel vaso de vino. Pafnucio creyó comprender por una luz interior que Dios tenía designios de conversion sobre aquél ladrón; tomó el vaso y lo bebió. No se engañó, pues el ladrón le dijo: « Perdonadme, padre mio si os he causado pena; » mas él le respondió: « Espero que en vez de este vaso de vino Dios os concederá misericordia en este mundo y en el otro. » — « Y yo, le replicó el ladrón, tengo esta confianza en Dios, de que desde este momento no haré ya más daño á nadie. » Así que su condescendencia ganó para Dios á aquel jefe de ladrones y con él á toda su cuadrilla.

Contaba tambien él mismo que pasando un día junto á una aldea, vió á unas personas que hacían alguna mala acción, y se puso á orar por sus propios pecados. Al instante se le apareció un ángel teniendo una espada en la mano, y le dijo: « Pafnucio, esta espada es para herir á los que juzgan á sus hermanos; pero puesto que vos no habeis caído en este caso, y os habeis humillado como si hubierais sido culpable del crimen de esas gentes, vuestro nombre está escrito en el libro de la vida. »

El santo abad Pœmen contaba que había oído decir al abad Pafnucio que cuando era joven iba á visitar á los ancianos regularmente dos veces al mes, aun cuando estuviese apartado de ellos cuatro ó cinco leguas, y que les descubría todos sus pensamientos, y jamás le daban sino este consejo: « A cualquier punto que vayais, miraos siempre como el último de todos y hallareis el reposo de vuestra alma. »